para intelectuales

Hitler o el Triunfo del Idealismo

POR RAMON MARTINEZ

Visitamos a Alemania cuando flotaba en su ambiente la lucha de los nacional-socialistas que había de culminar meses después con la exaltación de Hitler a la silla de Bismarck. Vimos, entonces, la estrella del conductor, como una llama, encender el corazón de la nueva Alemania, y alumbrar el horizonte obscuro de la generación de post-guerra. Porque hemos de entender para interpretar en su real significado, y en todo su alcance la actual revolución alemana, que Hitler es el hombre que ha llegado con más fuerza al alma de su juventud, víctima de sucesos y hechos fraguados muy por encima de su cabeza. A ellos llegó con su poder magnético con sus convulsiones nerviosas, con su oratoria violenta y relampagueante, y con su fe en el destino de la raza teutona. Y se levantó su propio pedestal de acción, de fuerza, de afirmación y desde él, a lo largo de una serie de circunstancias naturalmente adversas, ha lanzado sus postulados de reacción nacional hasta agrupar a su alrededor la masa respetable, más numerosa y fuerte que haya tenido conductor alguno en el viejo continente.

Meses atrás, cuando se debatía el insigne jefe de los nazis por colmar su aspiración de llegar al poder, cuando organizaba sus campamentos en las grandes ciudades alemanas, cuando abría su implacable campaña contra los comunistas, vimos cómo se operaba una transformación en el pensamiento hondamente tradicionalista de este pueblo. En efecto, Alemania en Hitler es en el primer hombre de origen humilde que deposita su fe y su confianza. Y no podemos traer el nombre de Ebert como un ejemplo contrario realizado en el pasado. No. Ebert fue un tipo surgido en días de agitación y desconcierto, cuando el rudo golpe de Versalles sacó fuéra de órbita la mentalidad alemana y se produjo un cierto paréntesis en su vida. Ebert no gozó nunca la franca, cordial y formidable adhesión otorgada a Hitler y pasó desapercibido en los tristes días que siguieron al armisticio.

Alemania siempre buscó en las áureas cunas los conductores de su destino. El mismo Hindenburg en plena vigencia de la carta de Weimar, debe una gran parte de su popularidad a la nobleza de su estirpe y al ser considerado como el mejor exponente del pasado brillo del imperio. Alemania no confecciona sus ídolos; ella está acostumbrada —y así lo exige su temperamento tradicionalista— a que ellos vengan de altas esferas jerárquicas con amplias credenciales sobre nacimiento y virtudes de sus mayores. Alemania es enfáticamente tradicionalista. Y esta modalidad no podía ser tajada de un golpe por la revolución socialista de 1918. Pasado su efecto, los alemanes se encontraron sin sus príncipes, sin su nobleza, sin sus cancilleres, sin sus grandes generales, es decir, en la república, y sobre el más áspero camino jamás transitado por ella. Y poco a poco, dentro del nuevo orden de cosas fue sintiéndose la presión del pasado y vino Hindenburg. Y entonces, cómo explicarnos la fuerza arrolladora que fue creando a Hitler hasta colocarlo hombro a hombro de Bismark, Moltke y los egregios hombres del viejo imperio? Dónde el secreto, la raíz de este movimiento de la nueva mentalidad alemana? Cómo explicarnos la personalidad de Hitler y su dón o su poder para dominar una tan vasta y selecta multitud? Por qué ese delirio ante un hombre hasta hace poco anónimo, modesto pintor, obscuro soldado, uno de tántos ex-combatientes de la trinchera, náufragos del gran cataclismo moral y político de la guerra? La fuerza, el poder de Hitler sobre la masa, el entusiasmo de la multitud ante él, son factores cuyas faces están en parte dentro de la psicología del momento alemán— el más angustioso de todos los tiempos—, dentro de su carácter tradicionalista, en los pliegues y sinuosidades íntimas de su alma y por último dentro del mismo Hitler. Y al afirmar esto debemos preguntarlos: "sin Hitler, cuál sería la Alemania de hoy?"

El intenso malestar del pueblo alemán sin guía y sin brazo, hubiera sido la caída en el comunismo, la guerra civil o la anarquía. En todo caso ese malestar no hubiera sido capitalizado en una forma tan rigidamente alemana como la realizada por Hitler. Este hombre sin una vasta ni profunda preparación en ninguna de las ramas del Estado, sin pomposos títulos, fuéra de lo que el mundo moderno llama la técnica, con sólo el poder de su inteligencia utilizada magistralmente, y con los extraordinarios recursos de su oratoria que fascina literalmente las masas con los dos grandes elementos de sedución y de fuerza: los ojos y la voz— esos sus ojos de un brillo extraño no por su tinte sino por su luminosidad cruel, agresiva, de fulgores magnéticos; y esa su voz ágil, ardorosa, bien timbrada—, toma la responsabilidad del ideal sin oriente del pueblo alemán, lo enrumba, en apostólicas palabras expresa los derechos y aspiraciones de su patria en el mapa de la vieja Europa, toca las fibras de la magnífica tradición germánica, y seguro de sí mismo y de sus ideales emprende una cruzada contra las cargas que sobrelleva el pueblo alemán y llega al poder!

Sin tregua, sin descanso, emprende la obra reconstructora, cuya meta será largamente perseguida; arremete contra todos los enemigos de la patria alemana, y de nuevo, ya colocando los viejos ideales de su raza, dispersos desde 1918; los sostiene férreamente ante la mirada escéptica del mundo y echa las voluntades alemanas ante la necesidad de una reacción por el ideal alemán. "Mi finalidad —escribió un día— es mi pueblo, su pan, su libertad, su honor". Pero si de este esfuerzo sale Alemania de nuevo poderosa, grande, no será por el mero capricho y voluntad de Hitler, sino porque dentro de ella existen los elementos de vida y de defensa requeridos para una ingente prueba.

Hitler hasta hoy, ha tallado una obra soberia por su voluntad, y su acción, realmente colosal, de organización y de propaganda. Mas, a través del poder sugestivo y convincente de este hombre, de "el bel Adolf" como cariñosamente le apellidan sus devotos, vemos la sola voluntad de sus masas seguidoras que le impulsan a la realización de su ideal.

Hitler es grande porque Alemania quiere vivir. Hitler es la palabra, la acción acumulada, la aspiración de la Alemania de ayer y de hoy. Porque este pueblo tiene la obsesión de luchar por su grandeza y posee el sentido íntimo de ser una raza, una cultura, una civilización.

Niebla

Mitad canción.....Todo en vano
para volver a dormirnos.
Tú y yo marchamos de frente...
Se cruzarán los caminos?
Tal vez allá en la distancia
se han de enlazar los recuerdos;
mas no serán nuestras venas
una sola enredadera;
ni tu sangre con mi sangre
han de formar savia nueva.
Mitad dolor..... Mas que importa!

Bebe tu copa de niebla....
Asi sin luz ni amargura
la penumbra es paralela
a la fe de nuestro afecto.
Por qué sigues a mi lado..
Por qué te vas?.... Ah!, es la niebla...

A. YSAZA A.

EBANISTERIA ARTISTICA
BOZA
Calle 8a Panamá

Un reconstituyente general a base de aceite de bacalao, yema de huevos, vino de cereza y fosfatos.

Recomendado para combatir catarros agudos y crónicos y otros trastornos bronquiales, anemia, escrófula, desnutrición y raquitismo.

© BIBLIOTECA NACIONAL ERNESTO J. CASTILLERO R.